

La guerra civil en Castilla-La Mancha

—Sigüenza y Cuenca—

La ciudad entre la angustia y la esperanza

Hemos querido tratar a Sigüenza en capítulo aparte por ser una ciudad mayor de la provincia de Guadalajara. Allí, como en la capital, se concentraron efectivos suficientes para hacer una guerra civil, cada día más encolerizada y salvaje. Sigüenza, como Guadalajara sufrió el drama, padeció el horror de unas turbas, de gentes sin ley llegadas de muchos caminos, que saquearon e incendiaron domicilios, palacios e iglesias y asesinaron por doquier, a ciudadanos indefensos, declarados, sin saber por qué, enemigos del régimen y de la libertad. Al leer la historia verdadera, las crónicas de aquellos días aciagos del mes de julio, al conocer la documentación que acredita la veracidad de los hechos, nos sentimos avergonzados de cómo un pueblo como el nuestro cae en la humillación, en el abatimiento y en la muerte, por la furia de unos desalmados que dicen y se proclaman del poder constituido contra una rebelión militar.

En los dos capítulos precedentes, se han examinado, con objetividad —eso pretendíamos— las causas primeras y últimas que nos condujeron, irremediablemente, a la tragedia y hemos traído a nuestro texto, documentación entrecuillada para que, una vez leída, haya reflexión y se juzgue. Porque es cierto, que existe una clara maniobra de tergiversar la verdad de lo acontecido con fines políticos y para que las nuevas generaciones no entren a conocer el horror de haber vivido la época. Cuando uno es superviviente legítimo de aquel “entonces” no le valen las falacias de los atrevidos que toman la historia para retorcerla y falsearla, pero los testimonios ahí están; los vestigios del paso de unas hordas incivilizadas y envenenadas ahí están, como dedo acusatorio de un pueblo que quería vivir en paz consigo mismo y con sus

semejantes y que fue arrastrado a la corrupción y a la muerte.

Estas provincias del centro de España fueron selladas para siempre por el miedo y la venganza y se vistieron de luto sus pueblos porque los amaneceres fueron de mañanas de tragedia y donde el silencio y la paz fueron rotos por el estampido de algún tiro en la sien o por los fusilamientos al alba de gentes humildes, hombres de toda clase y condición social, sacerdotes y religiosos con el solo pecado de predicar el Evangelio de Jesús con amor y abnegación.

Otro de los motivos que hizo palidecer el sol en estas provincias fue, el ser retomadas por el Frente Popular después de tener casi asegurado la adhesión al Alzamiento y haber mantenido, en alguna de ellas, en los primeros días, la tranquilidad y la calma y sin que se despertara la hiena de los odios, hasta que fueron invadidas por los comisionados de un ejército popular numeroso con el que empezó la represión.

SIGUENZA, una ciudad para la Historia, tenía, en estas fechas de julio de 1936, unas seis mil almas; era una ciudad trabajadora: labriegos y artesanos que vivían en paz con Dios y su conciencia. El hecho de tener obispado mostraba a las claras sus profundas raíces religiosas. Ciudad monumental, catalogada entre las primeras del arte, había alcanzado gran notoriedad por encontrarse entre los monumentos funerarios del “Doncel de Sigüenza” ubicado en una de las capillas de la catedral y que ha paseado su fama por el mundo entero. También, por toda la obrería de la catedral llena de grandes tesoros de orfbrería e imaginería. Sigüenza, en definitiva, conservaba su rica historia en los numerosos palacios, iglesias y edificios

